**CROAC**

Un sapito salta de una piedra y se suicida. Deja a su pequeña familia ahogándose en un charco de lágrimas. Los peritos no pueden hacer mucho y el caso se cierra con el cantar de una chicharra. En el cuarto del sapito, junto a su húmeda cama de lodo, una foto de sus hijos se sostiene como lo hacen los recuerdos.

Pobre familia sapito. Su barrio lo quería tanto, que le regaló un millón de flores para el funeral; todas tan pequeñitas que apenas tenían color. Cuando la carreta con el ataúd pasaba por el camino de piedras planas, todas parecían llorar o decir adiós. Y su familia, detrás de la carreta, daba saltitos tristes como gotas que nadie ve caer.

El funeral de un sapo: alimentos, trajes y corbatines de hojas. Llantos de grillos y lágrimas de cocodrilo. A veces circulaban tacitas de café, hechas de madera o coco. Todo era pequeño. Todo, menos el dolor de no poder ver una vez más a aquel animalito dulce que dio su último salto, el más largo, sin dar una razón.

Un diminuto cuadro de texto en el periódico bastó para documentar la tragedia. Todos iban a recordar al pobre sapito. Y no por alguna estatua de barro, ramitas y hojas que le hicieran, o por las muchas historias que, incluyendo esta, se contasen después. Sino porque todos tendrían para siempre, un agujerito en sus pequeños corazones, en el cual nuestro sapito no volvería a hacer croac.

J. Carballo